

Obituario

Dr. Carlos López-Azanza

Otorrinolaringólogo (22 de enero de 1967–29 de junio de 2025).

por Juan Carlos Casado Morente



El doctor Carlos López-Azanza fue un profesional marcado por la inquietud y la inconformidad creativa que distinguen a los grandes médicos. Hace apenas tres años, tomó una decisión valiente: dejar atrás su Valladolid natal, donde había desarrollado una sólida trayectoria en su plaza de la sanidad pública, para iniciar una nueva etapa profesional en Marbella. Ese gesto reflejaba muy bien su espíritu: alguien que no se conformaba con lo ya logrado, sino que buscaba crecer, aprender y reinventarse constantemente.

En el trabajo era un hombre de enorme constancia, profundamente comprometido y extraordinariamente serio. Nunca se permitía la complacencia: siempre estaba formándose, ampliando horizontes y perfeccionando su técnica. Como cirujano, fue un referente en la cirugía de

las fosas nasales y de los senos paranasales, donde demostró un talento excepcional y una precisión admirable. Pero su inquietud no se detenía ahí. En los últimos años había dirigido su energía y dedicación hacia la cirugía estética nasal, la rinoplastia, en la que se estaba especializando con una entrega casi obsesiva, asistiendo a cursos internacionales y manteniéndose a la vanguardia de los avances más recientes.

Sus pacientes, sin embargo, no solo lo recuerdan por su destreza quirúrgica. Hablan con gratitud y cariño de su trato humano, de su empatía, de la cercanía con la que se interesaba por cada persona que atendía. Carlos no entendía la medicina como un simple ejercicio técnico, sino como un acto profundamente humano, donde la escucha, el respeto y la sensibilidad eran tan importantes como la pericia con el bisturí. Esa combinación de excelencia profesional y calidad humana es lo que lo convirtió en un médico muy especial, difícil de olvidar.

En el plano personal, conocer a Carlos fue un regalo. Desde el primer momento comprendí que, detrás de su carácter serio e incluso algo introvertido, se escondía una persona de enorme calidez y nobleza. A pesar de venir de esa Valladolid castellana tan distinta del temperamento andaluz, encajó enseguida, tanto en el servicio como en el grupo de amigos. Su forma de ser, discreta pero auténtica, lo convirtió pronto en alguien querido y respetado por todos.

Con el tiempo, nuestra relación trascendió lo profesional. Compartimos muchas tardes, muchos fines de semana fuera del hospital. Hablábamos de medicina, de la vida, de nuestras familias, y también nos tomamos unas cuantas cervezas, que era una de sus pasiones —controlada, eso sí—, pero que disfrutaba como quien saborea un momento de amistad sincera.

Carlos era, además, un gran esposo. Me hablaba con cariño y admiración de Maite, su mujer, a quien también tengo el privilegio de conocer. Y hablaba con un orgullo inmenso de su hijo Víctor, estudiante de Medicina, en quien veía reflejada su ilusión por esta profesión. Con Víctor sigo en contacto, y deseo seguir estándolo, porque sé que en ese vínculo perdura algo de mi amigo.

Carlos era de esas personas que te daban todo lo que tenían. No se reservaba nada: se entregaba por completo, tanto en el trabajo como en la

amistad. Para mí no fue solo un compañero; fue un amigo en el sentido más profundo de la palabra. Su ausencia me deja un vacío difícil de llenar, una sensación de orfandad en mi día a día. Tenía una pasión desbordante por la vida, una energía que lo hacía avanzar siempre a gran velocidad —igual que con otra de sus pasiones, su moto—. Siempre le decía que vivía como conducía: deprisa, con intensidad, sin freno, pero con un propósito claro. Y quizá así era él: una vida vivida con entrega, sin reservas, con el corazón por delante.

Has dejado un hueco imborrable, amigo. Descansa en paz, Carlos.